

Pedro se atreve: Alumnos (7/13)

Dr. Justo L. González



Hechos 10
Lecciones Cristianas
18 de octubre de 2015

Semillas de crecimiento: Pedro se atreve (alumnos)

7 de 13

Texto impreso: Hechos 10:24-38

Propósito de la lección

Hoy más que nunca antes en toda la historia de la humanidad los cambios se suceden a una velocidad vertiginosa. Cosas que hace diez años parecían imposibles ahora resultan cotidianas. Esto nos puede llevar en una de dos direcciones. Por una parte, podemos entronizar la idea misma del cambio, y buscar lo nuevo sencillamente porque es nuevo. Por otra parte, podemos insistir en seguir haciéndolo todo como antes, pues sabemos que hay valor en la sabiduría de los siglos. Ninguna de estas dos actitudes es la de Pedro, ni ha de ser tampoco la nuestra. Según veremos en esta lección, hay otro camino más difícil, pero más fiel.

AETH

Examen de la Escritura

El pasaje que estudiamos es una porción en medio de toda la historia de la conversión de Cornelio. Para entenderlo, tenemos que ver algo de lo que había sucedido antes.

En la primera parte del capítulo 10 de Hechos, antes de nuestro texto impreso, un centurión romano en la ciudad de Cesarea tiene una visión que le indica que debe mandar a buscar a Pedro, quien está hospedado en casa de un curtidor en Jope. Cornelio obedece, y manda mensajeros a buscar a Pedro. Al día siguiente, antes de que lleguen los mensajeros, Pedro tiene

una visión bastante confusa en la que un lienzo desciende del cielo con animales tanto limpios como inmundos —es decir, animales que un buen judío no debía comer. Una voz le dice “Mata y come”. Pero Pedro se niega, diciendo que nunca ha comido cosa inmunda alguna. Esto se repite tres veces, después de lo cual el lienzo vuelve al cielo y Pedro queda perplejo, pues no sabe cuál pueda ser el sentido de su visión. Entonces, cuando los mensajeros de Cornelio están a la puerta, el Espíritu Santo le dice a Pedro que vaya con ellos.

Pedro obedece, y el texto impreso nos dice que al otro día llegan a Cesarea. Esto no debía ser muy del agrado de Pedro, pues Cesárea era una ciudad pagana construida por Herodes en Tierra Santa. Él, quien se jactaba de no haber comido jamás nada impuro, se encontraba ahora en una ciudad de templos paganos, nombrada en honor de Augusto César, y habitada mayormente por gentiles. Al encontrarse por fin con Cornelio se ve algo de esa incomodidad. Cuando Cornelio se postra ante él, y le adora, Pedro tiene que advertirle que no lo haga. Y acto seguido, al entrar a la casa y ver que hay muchos reunidos, empieza por decirles “Vosotros sabéis cuán abominable es para un judío juntarse o acercarse a un extranjera; pero a mí me ha mostrado Dios que a nadie llame común o inmundo”. ¡Es casi como si dijera, “si de por mí fuera, es eso mismo lo que os llamaría; pero Dios me ha mandado que no lo haga”!

Cornelio le cuenta entonces a Pedro la visión que ha tenido, y aparentemente Pedro empieza a ablandarse, puesto que responde diciendo: “Comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia”.

De ahí Pedro pasa a un sermón que no tiene mucho de nuevo, sino que es más bien lo que sabemos que era el mensaje cristiano desde el principio. Y es aquí, en medio de ese sermón, que el texto impreso termina.

Pero las cosas no se quedan ahí. En medio del sermón de Pedro el Espíritu Santo descende sobre los que están reunidos, y empiezan a hablar en lenguas y a alabar a Dios. Esto sorprende a los cristianos judíos que vinieron con Pedro, hasta que Pedro decide que si el Espíritu Santo ha descendido sobre estos gentiles eso quiere decir que no hay razón para no bautizarles, y les manda bautizar. Y el capítulo termina diciéndonos que Pedro se quedo en casa de Cornelio por algunos días. ¡Pedro, quien se jactaba de no haber comido jamás cosa inmunda alguna!

Aplicación de la lección

Lo que a nosotros hoy nos parece relativamente sencillo y bien sabido no lo era para Pedro. Hoy no nos sorprende el que el evangelio sea también para los gentiles —para nosotros y nosotras, quienes no somos generalmente de sangre judía. Durante aproximadamente dieciocho siglos la mayoría de los miembros de la iglesia han sido gentiles. Para nosotros lo más extraño no es que un gentil se convierta al cristianismo, sino que un judío se convierta. Pero tal no era la situación en tiempos de Pedro. Hasta este punto en el libro de Hechos, el único gentil que ha sido añadido a la iglesia es el eunuco etíope —y Lucas no nos dice que Pedro estuviera enterado de esto.

Para Pedro, y para toda la iglesia primitiva, el cristianismo era cuestión de judíos. El pueblo de Israel había estado esperando al Mesías por largo tiempo, y este por fin había venido.

Ciertamente Pedro había escuchado las palabras de Jesús acerca de la predicación del evangelio a todas las naciones. Pero hasta el momento ni él ni ninguno de los doce parece haber pensado que debían invitar a los gentiles a aceptar el evangelio y bautizarse.

¡Y ahora Dios le manda a la ciudad pagana de Cesarea a predicarles y bautizar a un centurión romano y sus allegados! ¡No en balde el título de nuestra lección es “Pedro de atreve”!

Pero no nos quedemos en eso. No se trata solo de admirar el atrevimiento de Pedro, sino también de ver lo que toda esta historia nos dice hoy acerca de nuestro discipulado y la clase de atrevimiento que se requiere de nosotros.

Cuando así miramos las cosas, lo primero que notamos es que Pedro, quien en otras ocasiones parece atrevido, aquí no lo es. No es que Pedro quiera hacer algo nuevo. No es que tenga curiosidad por ver qué pasa si les predica a los gentiles. De igual manera, lo que se nos pide hoy no es que estemos buscando qué hacer de nuevo, a qué atrevernos ahora. Pedro no es un revoltoso que quiere cambiar las cosas por el solo gusto de cambiarlas. Tampoco debemos serlo nosotros y nosotras.

Pero por otra parte, aun en contra de su propio gusto y de sus prejuicios, Pedro está dispuesto a

ver la acción de Dios dondequiera que tenga lugar, y a responder en obediencia a esa acción.

Cuando ve que el Espíritu Santo les es dado a estos gentiles se atreve a hacer lo que de otro modo pudo haberle parecido una enormidad: primero les manda bautizar, y luego se queda con ellos.

De igual manera, lo que Dios espera que hagamos hoy es que doquiera veamos su acción y nos unamos a ella. Dios está llevando al mundo hacia sus propios propósitos, y nuestra tarea es unirnos a esos propósitos.

¿Qué actitud debemos adoptar ante los rápidos cambios y los diversos retos que se nos presentan hoy? En primer lugar, no lanzarnos al cambio por el cambio mismo. Lo que hemos aprendido de generaciones anteriores tiene su valor. Pero también quiere decir que tenemos que estar listos y listas a ver la mano de Dios en algunos de esos cambios. Y, si vemos esa mano, tenemos que asirnos a ella, aun cuando ello se oponga a nuestras ideas preconcebidas o a nuestros prejuicios.

Entre los cambios que vemos a nuestro alrededor y en la iglesia misma, ¿cuáles nos sorprenden o nos molestan más? ¿Hemos considerado la posibilidad de que, por inconcebible que nos parezca, Dios esté actuando en esos cambios? ¿Qué hemos de hacer si llegamos al convencimiento de que así es?

Oración

Señor y Dios nuestro, el mundo y la iglesia están cambiando a una velocidad que nos asusta.

Ayúdanos a discernir la presencia de tu mano en esos cambios, para así saber a cuáles unirnos y

a cuáles no. En todos ellos, mantén firmes nuestra fe y nuestra certeza de que en fin de cuentas

eres tú quien todo lo riges. No permitas que nos lancemos aventuradamente al cambio, ni

tampoco que lo rechacemos por razón de nuestros prejuicios. Amén

